

braba de la noticia creyendo que el Che estaba debajo de mi cama, que allí lo cuidaba... la poesía también tuvo que ver: los *20 Poemas de Amor* de Neruda. Había un deseo lúdico en todo esto; además en las agrupaciones establecíamos lazos de amistad muy fuertes con una intensidad que no se vivía fuera y era parte de nuestra vida política.

Alberto: Me retrotraigo hacia esa tarde del Cordobazo cuando al volver a casa la gente me rodea para saber qué había ocurrido: me queda una sensación de liderazgo, de ser distinto; mientras que sólo unas horas antes me había masificado completamente. Lo mismo pasa unos días después en el Monserrat: el profesor de literatura suspende su clase y propone que hablemos del Cordobazo: yo ni menciono que estuve allí, pero definiendo el sentido del Cordobazo frente a varios alumnos que lo denuncian como una falta de respeto al ejército. Recuerdo que algunos decíamos que finalmente el pueblo había tomado conciencia de que el gobierno militar no estaba a su servicio. Pero en el transcurrir de los días, tanto en el barrio como el colegio, prevalecía un volver a la normalidad, a la pasividad, y frente a ello yo maduraba que no, que no se podía volver atrás y que había que vanguardizar con una voluntad militante. Creo que allí comienza un proceso de abandono de una perspectiva individual y asumir otra voluntad de diferenciación ya que continuaba la misma dictadura, donde no se podía expresar libremente. Comienza un proceso de ascetismo militante de entrar a modificarse a sí mismo, de exigirse siempre más y aparece esa voluntad militante que como aquí se dice llevada a un extremo contacta con posiciones de mística extrema deformante; pero en otro aspecto mantiene cosas esenciales del ser humano: no era "desnaturalizado" sino "natural" y primitivo estar embelesado ante un afiche del Che como ante un fetiche, como un hombre primitivo que con la contemplación de una imagen o cosa quiere la captación mágica de su fuerza. Creo que éste es el proceso místico como vertiente en la formación de la personalidad del militante, y que llega a límites extremos justamente por la carencia de democracia, de libertad, para el desarrollo de la persona. ■

Aguafuerte

La Piedra, el Asceta y la Imaginación

Alberto Assadourian

La Piedra

"Quien mire atrás suyo y no encuentre pecado, que arroje la primera piedra", reza la parábola evangélica, con extraña permisividad. (Asombra aún más la habilidad de Jesucristo para convertir un acto masivo en una responsabilidad individual).

Golpee el hombro de una prostituta o un casco pretoriano, la piedra ataca la articulación de la superestructura social. El factum brutum no requiere de una disposición fisiológica distinta a la del animal que hace cientos de miles de años fue eslabón de nuestra evolución biológica. Inscripto en nuestro desarrollo histórico, tan sujeto a la actuación de ideas, convenciones e instituciones, el factum pone en tensión la dualidad del zoon-politikon; la polarización explicita las formas complejas en que lo politikon ejerce soberanía sobre el brutum fisiológico en que inevitablemente existe.

La soberanía de lo politikon es asociativa; la irrupción del zoon es disgregante de una forma dada de relaciones intersubjetivas. La soberanía de la individualidad fisiológica —material— se constituye en regresión ontológica del ser social. Con sus escasos gramos de historia geológica y leyes físicas de gravedad, la piedra es reclamo de soberanía de lo politikon cuando golpea el cuerpo de la prostituta, o del zoon-brutum desligándose de una intersubjetividad que no satisface sus apetencias.

En un marco dado de poder patriarcal o machista, si la piedra lapida a la madre-hembra interrumpe una regresión de las relaciones de poder, eliminando el motivo de atracción subversivo ante el tabú establecido en la intersubjetividad colectiva. El factum consolida con placer victorioso un orden social que, como todo estadum, debe estar sensorialmente incorporado en el zoon-politikon individual. Cuando la piedra se alza contra el padre jefe, el impulso es directamente subversivo al poder estatuido. La soberanía de lo politikon está agrietada: el orden social no dispensó al bienestar colectivo la satisfacción de apetencias habituales o nuevas. El hijo reasumió la libertad espontánea, el derecho natural presente en la lactancia materna: su desarrollo convalida todo consumo. El zoon es portador directo de estos rudimentos de subjetividad. La jefatura depuesta —el estado de naturalidad— es un vacío de soberanía del politikon: nihilismo. La desgravitación es un punto de fuga. El temor al zoon-brutum, existente en la subjetividad rudimentaria como nec-plus-ultra, impulsa a recrear nexos de sociabilidad: nuevos o restaurados. Revolución progresiva o conservadora —en realidad, prevalencia de uno u otro en un mixto pragmático.

El tótem, con sus kilogramos de maderamen moldeado, pero de buena fibra: perdurable, es la conquista del futuro. Sobre el cuerpo orgánico, material, del tótem se asienta el mito. El tótem es soberanía del politikon: poder de atracción de todas las miradas, poder de congregación de imágenes, poder de inducción de conductas. Este poder garantiza las condiciones de existencia de una sociedad dada. El summum de imágenes delinea el mito: la espiritualidad se emancipa del soporte natural.

El Asceta

El asceta es un hombre del desierto (no del vacío), del silencio y la soledad: en su introversión, opera a lo bisturí su subjetividad. ¿Necesita liberarse de "pecados"? ¿alejarse del brutum, doblegar el zoon? ¿trama arrojar la "primera piedra", o tal vez ya lo hizo?

El adolescente político, el militante juvenil, suele ser un asceta. "Si prescindimos del ideal ascético, entonces el hombre, el 'animal' hombre, no ha tenido hasta ahora ningún sentido. Su existencia sobre la tierra no ha albergado ninguna meta" (Federico Nietzsche).

El salto ontológico se encuentra, y produce, a través de la gestación de posiciones teleológicas. La finalidad consciente es el acicate más tenaz para el desarrollo de las fuerzas subjetivas; y el asceta busca la captación de esta feracidad teleológica en el "desierto", es decir, en contraposición a las exigencias fisiológicas y materiales de su ser en sí mismo, pasivo e inmovilizado en cuanto a potencia. En su "ser-dentro-de sí", en cambio, está plenamente activo, aún cuando se ha sustraído del río heraclítico, porque a través de un momento de ahistoricidad promueve, genera, otra historicidad, un hic et nunc, un momento concreto

donde él es alguien: "ser-para-sí". En su ejercicio individual de independencia, el asceta autodestruye los nexos de subordinación y no acepta que sus sentimientos se desplieguen sobre la realidad tal como está dada. En definitiva, ejercita nexos de poder. Se disciplina para concebir el mundo de otro modo, prepara su intelecto para una objetividad distinta. Busca los nexos que permitan engendrar las condiciones ya dadas, pero interdependientemente de las que desea conscientemente.

Sobrepuesto al "reino de la necesidad"; decidido al "reino de la libertad" (el desarrollo de las fuerzas humanas que son un fin en sí mismas, al decir de Marx), el asceta es crisálida que necesita salir de sí mismo. Del silencio y la soledad —del desierto—, lo saca de la imaginación. Ha exigido de sí mismo lo que quiere exigir de los demás —eureka ascético. Luego de su proceso de des-socialización, requiere de la imaginación como poder de re-socialización.

La Imaginación

Ha sido el ethos lo que lleva al asceta hacia cierta ahistoricidad que no es nihilista, que no es la muerte. Y que además determina su integridad subjetiva hacia la gestación de ideales teleológicos. Es la fuerza del "ser-dentro-de sí". Pero luego, el proceso de la transportación fuera de sí, hacia el hic et nunc concreto, histórico, hacia el río de Heráclito, exige de otra fuerza creadora inversa al bisturí-interior. Exige la aguja que enhebra imágenes. Ahora es el artista. El adolescente político, el militante juvenil, tiene mucho de artista: su primer poder es el de imaginar (y tal vez lo viceversa).

"Reino de la libertad". Libertad es poder de la imaginación, de generación de las condiciones en las cuales afirmar una existencia consciente. Concebir la obra, y plasmarla. Modelar la propia humanidad. Establecer los nexos funcionales con el futuro —y el pasado— en virtud de lo que son: objetividades del presente: utopías; tal vez obras literarias con posiciones teleológicas, irrupciones subjetivas que socavan el concreto sociohistórico y lo movilizan: rueda de la historia. La libertad-imaginación es destrucción del espacio dado, del pragma. Se proyecta en la intersubjetividad a través del signo o símbolo —figura—. Es pictografía o ruptura de la pared de la gruta; o de los límites del "mundo": Picasso. Es discontinuidad, ahistoricidad, ascetismo, disociación.

Consigna, lema, exclamación. Ruptura: la consigna pintada en la pared es discontinuidad del espacio-pared, desconexión en el decurso real. La mano que arroja la piedra, el asceta que se autoconstruye, el trazo de la consigna-símbolo: disocian y re-asocian. La reconstitución del politikon, la re-asociación, exigen imágenes convocantes: poder, aglutinación, agrupamiento, organización. Luego, Estado. Restitución del pater, sea nostrum o de las naciones. El mito —ser imaginario— es elemento unificante del ethos de una pluralidad de subjetividades. Constituye una nueva fuerza que nace de algo que el asceta avizó en su interioridad: el epos. Sabe de él y lo solicita cuando es "ser-fuera-de sí", y establece relación con las tendencias objetivas de la regularidad histórica. El concreto-histórico colectivo —Cordobazo, por caso— no tiene finalidad teleológica fuera de las subjetividades finitas que lo constituyen. El epos es la conciencia de estos actos ciegos en sí mismos, carentes de historia propia; pero también reside en subjetividades finitas. Aunque sólo se exprese en determinados desórdenes de las regularidades históricas objetivas. ■